

ella: está horrible. No hay sesenta mil francos para un hombre honrado.

—Firmaré pagarés.

—Piensa que te pondrán un interés extremadamente elevado.

—No regateo.

—Pues bien: vamos á casa de Morvan. Dice que no quiere hacer nada, pero le decidirá tu nombre.

Subieron á casa de maese Morvan, un banquero que afirmaba que el oro no tiene tasa legal. Se discutió una hora; decía que no poseía un sueldo, que el dinero andaba caro, que se vería precisado á fundir la campañilla, y otras expresiones familiares á los que manejan valores. Por fin se decidió á dar sesenta mil francos á cambio de cien mil en letras de cambio á cobrar al cabo de un año.

Un año, para Gontrán, era el fin del mundo; firmó sin emoción, prometiéndose ya dejar caer cincuenta y seis mil francos, desde lo alto de su altivez, en manos de Eugenio Marx.

Así es que, en cuanto tuvo los billetes de Banco, salió, sin querer continuar la conversación sobre los puntos negros del horizonte financiero.

Su amigo siguió hablando con Morvan. Y pronto se hizo el arreglo.

—¿Cuánto para mí?

—Un apretón de manos.

—¡Te morirías!

—Yo arriesgo el capital.

—¿Y los cuarenta mil francos de interés?

—Lo mismo que un asunto de Bolsa.

—Bueno; ¿y si yo fuese agente de cambio?

—El ocho por ciento.

—¡Te vas á arruinar!

—Y dentro de un año, cuando Gontrán haya pagado. Ya sabes que yo hago así los negocios.

—Pues bien: te doy mi querida hasta fin de mes; dinero contante.

—¿Tu querida? Mucho tiempo hace que la vengo empleando.

Y otras frivolidades en estilo de Bolsa.

X

La vida privada está murada.

Entraremos, si gustáis, en casa de la señorita Lucía.

Al ver caer el puñado de monedas de Gontrán, no le fué posible dominar su cólera. Se levantó como una furia y las cogió para tirárselas á su vez á su amante. Aquélla hubiera sido una linda música en la escalera; mas, como quiso recogerlas todas, notó que era ya tarde. Pensó en arrojárselas por el balcón; pero estaba muy ligeramente vestida, ¡y tenía el pudor del frío! Porque no se ha de olvidar que transcurría el mes de enero.

—No perderá aunque espere,—se dijo;—se los enviaré á domicilio, con una carta que le haga palidecer de rabia. Le escribiré que su adversario está aquí, que hoy cenó con Marx, que no volverá á entrar en mi casa.

¿Por qué no escribió Lucía? Porque tenía bastante mala intención y talento, para saber que el silencio es la más cruel de las elocuencias.

Durante el duelo, ¿qué ocurría en aquel corazón insaciable?

No os figuréis que estuviera inquieta por su amante de la antevíspera, ó por su amante de la víspera. Experimentaba cierta voluptuosidad al decirse:

—Se baten por mí, nada más que por mí. ¿Y por qué no se habían de batir por mí?

Se miraba en un espejito que tenía siempre bajo la almohada.

Llamó á su doncella.

—Me comprarás, cuando salgan, todos los periódicos de la mañana.

Tenía la seguridad de que todos los periódicos darían cuenta del duelo. Todo el universo iba á saber que dos hombres se habían batido por ella.

Pero ¿y si los periódicos no ponían su nombre?

Escribió á un cronista á la moda.

«Mi querido amigo:

»¡Estoy desesperada! A estas horas se baten por mis bellos ojos. Hice cuanto pude para impedir el duelo; pero el conde Locinski y Gontrán Staller, no quisieron escucharme. No hable usted de este duelo.

»LUCÍA.»

La comedianta estaba segura de que, recomendando que nada dijera al cronista, éste se apresuraría á contar el desafío.

Escribió á otro, para más seguridad:

«¡Cuando pienso que se me llama Girasol! ¿Es porque todos los hombres giran en torno mío? En vano echo agua al fuego, en vano me refugio en mi arte: los adoradores me asaltan, cortándose el pescuezo so pretexto de que no les hago caso. ¡Las comediantas somos bien dignas de compasión! Representamos la comedia y

creamos la tragedia. Si habla usted del duelo de Gontrán Staller y del conde Locinski, diga usted que la culpa no es mía, sino de mi ramillete.

»LUCÍA.

»P. S.—¡No vaya usted á publicar mi carta, ¡¡oh sempiterno indiscretoll!»

Y cuando Lucía hubo así dispuesto sus baterías, se tumbó perezosamente en la cama para dormir algunas horas más. ¡Pobre niña! ¡después de tantas emociones y tantas angustias!

Cuando se despertó, corrió al ensayo, diciendo á todo el mundo:

—¡Estoy desesperada! ¿Por qué he de tener que cantar mientras por mí se baten?

Se sabía ya la historia del duelo.

—No te apenes,—le dijo una de sus amigas.—Esos señores se baten siempre, porque saben que no se han de matar.

Y Lucía atacó su principal número.

—¡Hola! Hoy está usted en voz,—díjole Offembach.—Nunca ha cantado usted tan bien.

Al final del ensayo, supo que el duelo había tenido lugar, y que ambos contendientes habían resultado heridos.

Admiró á los que la rodeaban con esta frase:

—¡Nada más!

Y añadió, hablando consigo misma:

—¡Si los periódicos no llegasen á hablar!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO DE LA TORRE"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO